

III

Un concepto que no existe

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (III): "Contra la tolerancia y la estadística" y "Teología trans: el evangelio de la Veneno"*

Dr. Fabián Coitinho

1. Ocho de cada diez

En *Después de lo trans* (2021), la escritora española Elizabeth Duval discute los fundamentos de la categoría trans en lugar de blindarlos, y eso la vuelve una interlocutora rara y valiosa. Las dos entregas anteriores de esta lectura llegaron a una conclusión doble. En su primer capítulo, Duval mostró que nadie elige su identidad y que la encuentra en el repertorio de su época, pero identificarse como mujer, aun sin elegirlo, no basta para ser mujer. En el segundo, mostró que la violencia social funciona por esquemas perceptivos, pero ser percibida como mujer tampoco basta para serlo. Los capítulos tercero y cuarto cambian de terreno. Ya no buscan qué es una mujer trans, sino qué clase de grupo forman las personas trans, y la respuesta de Duval es la más audaz del libro: ninguno.

El tercer capítulo, "Contra la tolerancia y la estadística", arranca con Pasolini.[1] Tolerar a alguien es una forma refinada de condenarlo, porque la mayoría le concede al diferente el derecho a serlo sin dejar nunca de verlo como diferente; lo saca del gueto físico y lo encierra en un gueto mental. Duval vive esa condena con lucidez. A las personas trans se las invita a hablar en la semana del Orgullo, y solo de lo que las distingue. Después viene el centro del capítulo, una cifra que en la España de 2020 repetían ministras, agencias de noticias y divulgadores: "más del 80 % de las personas trans están condenadas al paro".[2] Duval sostiene que la cifra "surge de la nada como instrumento argumentativo a través del cual construir unas víctimas", y lo demuestra.[3] El informe europeo sobre personas trans dice que en la Unión la mitad trabaja, una de cada cuatro estudia y una de cada ocho está desempleada.[4] En una nota, Duval sigue el rastro del 80 % hasta su origen: un diagnóstico participativo hecho con 33 mujeres trans de Barcelona. El estudio español con una muestra mayor daba, para 2009, algo más del 35 %.[5]

Todo eso hay que concederlo, y con gusto. La crítica es correcta: no se puede tomar una muestra de 33 mujeres vulnerables y extender el resultado a una categoría muchísimo más amplia. También es correcta la conclusión que Duval saca de ella. Lo trans, dice, "no puede describir a un colectivo demográfica o sociológicamente coherente", y meter en la misma cifra a una estudiante de clase media que pasa desapercibida y a una mujer trans de sesenta años que hizo la calle es "un rodillo conceptual interesado".[6] Duval está acá en su mejor versión: rigurosa, de izquierda en el buen sentido, desconfiada de la compasión barata. Lo que sigue no discute sus números. Discute que el principio que usa contra los números de los demás deja de aplicarlo cuando los argumentos son los suyos.

2. Un concepto que no existe

Si un conjunto es demasiado heterogéneo para sostener una tasa de desempleo común, no hay ninguna razón para que sea más homogéneo cuando se trata de sostener una explicación común. Quien exige estratificar por edad, clase, época y *passing* antes de hablar de paro tiene que exigirlo también antes de hablar de cómo se forma una identidad. Puede ocurrir perfectamente que lo que hoy llamamos "trans" agrupe fenómenos psicológicos, sociales y biográficos causalmente distintos, que comparten solamente una etiqueta reciente. Una categoría puede ser políticamente útil y científicamente pésima. "Personas con discapacidad" funciona muy bien en una ley y agrupa mecanismos que no tienen nada que ver entre sí; a nadie se le ocurriría buscar una causa común para la ceguera, la paraplejia y la sordera porque comparten un artículo de la ley.

Lo notable es que Duval no necesita que se lo expliquen. Lo dice ella, en este mismo capítulo, con todas las letras. El rodillo, escribe, finge "una supuesta igualdad entre todas las personas presuntamente reagrupadas por un mismo concepto que no existe".[7] Un concepto que no existe. Y en una nota del mismo capítulo va más lejos: "conceptualmente lo trans no es un marco válido", y lo que tiene "una evidente utilidad política" es emplear "una identidad estratégica-trans para construir una coalición sin pies ni cabeza (a nivel teórico)".[8] Es la analogía de la discapacidad, casi palabra por palabra. Para Duval, lo trans es un paraguas político sin coherencia teórica, y lo sostiene sin vueltas.

La dificultad empieza cuando se vuelve a los capítulos anteriores con esa frase en la mano.

3. La proliferación de un paraguas

En el primer capítulo, Duval se propuso explicar un fenómeno: "la proliferación de personas trans, en nuestro marco occidental".[9] Su explicación era única y elegante. Los códigos del género se relajaron con la entrada de las mujeres al trabajo y la separación entre sexo y reproducción, y una lengua más laxa produce más hablantes que no encajan. En el segundo capítulo lo repitió como proposición formal: "la proliferación de las subjetividades trans" debe interpretarse como "una relajación o difuminación de los códigos", de modo que un cuerpo macho que debería haber recibido una socialización masculina puede adquirir una "femenina" por efecto de los medios, la escuela, la ley o la familia.[10]

Pero si lo trans es una coalición sin pies ni cabeza, "la proliferación de personas trans" no es un fenómeno. Es la suma de varios, y cada uno puede crecer por razones distintas, a ritmos distintos y en poblaciones distintas. El varón adulto que transiciona a los cincuenta y la adolescente que se declara varón a los catorce comparten una etiqueta y un formulario, y no hay ninguna garantía de que compartan una causa. Antes de que Duval escribiera su libro, la literatura clínica ya había registrado que en las clínicas de identidad de género de varios países las consultas de adolescentes habían pasado a ser mayoritariamente de mujeres; el trabajo de Aitken y colaboradores lo documentó en 2015.[11] Un cambio así en la composición de la población exige preguntarse si se está frente a un solo fenómeno que crece o frente a fenómenos distintos que se cuentan juntos. Explicar con un único mecanismo el aumento de una etiqueta que agrupa trayectorias tan dispares es exactamente lo que Duval le reprocha al 80 %: tomar una heterogeneidad real y convertirla en unidad mediante una palabra. El rodillo que denuncia en la estadística lo pasó ella en la teoría, dos capítulos antes.

Duval tiene una defensa, y hay que darle su mejor forma. En el primer capítulo dijo que los mecanismos de adquisición del género "pueden aplicarse a cualquier persona", y en una nota aclaró que estudiar por qué alguien llega a una identidad discordante "escapa sobremanera" a su ensayo; incluso sugirió que el psicoanálisis podría explicar por la forclusión "algunos casos" de mujeres trans, lo que supone admitir que hay casos distintos.[12] Podría decir, entonces, que nunca ofreció una etiología trans, sino una teoría general de cómo se adquiere el género, que vale para todo el mundo. Pero esa defensa se cobra su precio. Si su teoría no explica nada específicamente trans, no explica la proliferación, y la proliferación era lo que el primer capítulo decía explicar. Duval tiene que elegir. O el primer capítulo explica un fenómeno trans unitario, y choca de frente con el concepto que no existe del tercero, o no explica nada en particular, y su tesis sobre el aumento de las personas trans queda flotando en el aire.

4. Rigor con la cifra ajena

Hay además un doble estándar que conviene poner sobre la mesa. La misma autora que va hasta la fuente del 80 % y le cuenta las 33 encuestadas escribe en el primer capítulo, sobre el número de personas trans en el mundo, que hay una "estadística exponencial", y en la frase siguiente se corrige: "quizás exagero: estoy bastante segura de que no se trata de una tendencia exponencial, aunque sí al alza".[13] No hay un dato, ni una fuente, ni una muestra. Lo mismo pasa con su hipótesis sobre lo virtual: que los foros, las redes y los juegos de rol hayan multiplicado las identificaciones trans se presenta como explicación, sin un solo número que la respalde. Exigir la muestra al adversario y ahorrársela cuando el argumento es propio también es un rodillo, solo que gira para el otro lado.

5. El evangelio y su alma

El cuarto capítulo, añadido a fines de octubre de 2020, es una crítica de *Veneno*, la serie de Javier Calvo y Javier Ambrossi sobre Cristina Ortiz, la Veneno, la mujer trans andaluza que la televisión española de los noventa convirtió en espectáculo y que murió en 2016.[14] Duval la lee como un evangelio. La serie hace con la Veneno lo mismo que denuncia que hicieron los medios: la convierte en imagen, en ídolo, en mártir que muere por los pecados de todos y redime a las mujeres trans que vinieron después. La crítica tiene páginas brillantes, y dos objeciones precisas. La primera es que la serie pone en boca de la Veneno un dogma que nadie contradice: "si tú lo eres, lo vas a ser siempre; porque esto se lleva dentro, desde que una nace".[15] La segunda es que la anacroniza. Duval recuerda que la Veneno también dijo alguna vez que era un hombre, y duda "mucho de que jamás empleara la palabra trans" que la serie le hace decir. "Los mitos requieren anacronismos."[16]

Se podría pensar que acá Duval se contradice con su propio historicismo, porque en el primer capítulo autorizaba justamente lo que ahora reprocha: leer existencias del pasado a la luz de formas del presente. Allí escribió que existencias "que otrora habríamos denominado, por ejemplo, como lesbianas *butch*" hoy "encuentran otra forma perfectamente aceptable de existir en tanto que hombres trans", y que las travestis de mediados de siglo "probablemente habrían sido aquello que hoy se les ofrecería la posibilidad de ser". Pero hay que ser justos: su reproche a la serie no es la continuidad en sí. El capítulo empieza con Valeria Vegas niña mirando a la Veneno en la televisión, y Duval escribe que la Veneno es para ella "una referencia para su construcción imaginaria, una posibilidad, una estrategia del ser".[17] Duval misma lee a la Veneno como el repertorio en el que otra encontró su forma, y entre "podría haber encontrado otra forma hoy" y "en realidad siempre fue trans" hay una diferencia que hay que concederle. Lo que le reprocha a la serie es el alma: la idea de que lo trans se lleva dentro desde la cuna y atraviesa intacto las épocas.

Ese reproche, sin embargo, deja una pregunta que el libro no contesta. Si la butch de ayer y el hombre trans de hoy son dos formas de "la misma existencia", si la travesti de los años cincuenta y la mujer trans de ahora comparten algo que hace que una sea el antecedente de la otra, ¿qué es eso que comparten?

6. Tres respuestas para una misma existencia

Hay tres respuestas posibles, y el libro contiene dos.

La primera es la de los Javis: una esencia interior. Lo trans es un alma que se lleva desde que se nace y que cada época viste con las palabras que tiene. Es una respuesta coherente, y Duval la rechaza con toda la razón, porque es el mismo "neoplatonismo de género" que ella denunció en el primer capítulo: el cuerpo como cárcel de un alma sexuada. La segunda es la de Duval, y consiste en no tener ninguna. Rechaza el alma de la serie, y en el segundo capítulo había rechazado también el sexo, al que declaró convención. Si se le quitan la identidad, que es histórica, la categoría, que es una convención, y la autodescripción, que cambia con el repertorio, no queda nada que permita hablar de "la misma existencia". Los Javis tienen una mala respuesta; Duval no tiene ninguna.

La tercera es la que queda cuando se descartan las otras dos, y conviene formularla con cuidado, porque es fácil caricaturizarla. El cuerpo solo no alcanza para decir qué persiste. Una butch y una lesbiana femenina tienen el mismo cuerpo de mujer, y la segunda no se vuelve hombre trans en ninguna época. Lo que persiste es un cuerpo sexuado con disposiciones que no coinciden con lo que se esperaba de ese cuerpo: una presentación, un deseo, a veces una orientación. El cuerpo no es todo lo que persiste, pero es el término sin el cual "no coincidir" no quiere decir nada. La masculinidad de la butch es masculina en relación con un cuerpo de mujer; sin ese cuerpo no es desvío de nada. Por eso el cuerpo vuelve, otra vez, a entrar en el libro: como esos parientes pesados que uno despide en la puerta y a los diez minutos aparecen en la cocina con el mate en la mano.

7. Lo único firme del "nosotras"

El cuerpo vuelve, además, por boca de la propia Duval. En la crítica de *Veneno*, su objeción más honda es que la serie hermana a Valeria Vegas, periodista urbana de clase media, con Cristina Ortiz, que se crió en un pueblo, fue echada a la prostitución, consiguió hormonas en el mercado negro y fue violada por los funcionarios de una cárcel. "No puede enunciarse que, vengamos de donde vengamos, de alguna manera, todas somos la misma."[18] Duval se incluye en el contraste: ella tampoco tuvo que prostituirse ni sufrió esa violencia. Y para marcar la distancia, enumera lo que sí comparte con la Veneno: "compartiremos nuestra incapacidad gestante, compartiremos algunas experiencias en la infancia (y solo quizá), compartiremos miedos, imaginarios, pero no podremos ser la misma".[19]

Fijate en el orden. Las experiencias de la infancia vienen con una reserva entre paréntesis. Los miedos y los imaginarios son vagos. Lo primero que aparece, lo único que se afirma sin titubeo, es un rasgo del cuerpo: no poder gestar. Y la incapacidad de gestar no distingue a una mujer trans de cualquier varón; lo que la vuelve un rasgo común entre ellas, y no entre ellas y las demás mujeres, es un cuerpo de origen masculino. No es un detalle aislado. En el prólogo, Duval cuenta que escribe porque nunca podrá ser madre biológica y que el tratamiento hormonal la dejó estéril.[20] En la serie, la peor ofensa que sufre Valeria, según la propia Duval, es que la madre de su novio aluda en una cena de Navidad a su incapacidad de gestar.[21] Cada vez que el libro busca qué une a las mujeres trans, o qué las hiere, la respuesta está en el cuerpo que la teoría había mandado al exilio.

Duval tiene razón en casi todo lo que dice en estos dos capítulos. La tolerancia es una condena con buenos modales, el 80 % era humo, la serie convierte a una mujer real en una estampita y le pone en la boca palabras que no eran suyas. Pero el principio con el que desarma la estadística ajena desarma también su propia teoría, y la pregunta con la que se le reprocha a la serie su alma eterna la deja a ella sin

nada que poner en su lugar. Cuando por fin tiene que decir qué sostiene el "nosotras", lo único firme que encuentra es un cuerpo. Es el concepto que, según ella, no existe, y que sin embargo es lo único que el libro nunca consigue dejar de nombrar.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), cap. 3, «Contra la tolerancia y la estadística», donde cita a Pier Paolo Pasolini, *Cartas luteranas* (1976), «Gennariello». La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Duval, cap. 3.
3. Ibid.
4. European Union Agency for Fundamental Rights (FRA), *Being Trans in the European Union: Comparative Analysis of EU LGBT Survey Data*, Luxemburgo, Publications Office of the European Union, 2014; citado en Duval, cap. 3.
5. Duval, nota [m] al cap. 3.
6. Duval, cap. 3.
7. Ibid.
8. Duval, nota [n] al cap. 3.
9. Duval, cap. 1, «La imposibilidad conceptual de la autodeterminación».
10. Duval, cap. 2, «Cuatro proposiciones sobre lo trans», tercera proposición.
11. Madison Aitken et al., «Evidence for an altered sex ratio in clinic-referred adolescents with gender dysphoria», *The Journal of Sexual Medicine*, 12 (3), 2015, pp. 756-763.
12. Duval, cap. 1, «Un primer programa político: devenir sujeto», y nota [e] al cap. 1.
13. Duval, cap. 1, «Esbozar una definición del género».
14. Duval, cap. 4, «Teología trans: el evangelio de la Veneno según Valeria Vegas (y los Javis)», sobre *Veneno*, serie de Javier Calvo y Javier Ambrossi (Atresplayer Premium, 2020).
15. Duval, cap. 4, fragmento 1.
16. Ibid.
17. Ibid.
18. Duval, cap. 4, fragmentos 6 y 7.
19. Duval, cap. 4, fragmento 6.
20. Duval, «Prolegómenos».
21. Duval, cap. 4, fragmento 6.